CADA OBRA UNA ENTREGA.
ENTREGAS 23 Y 24.

MUSEO DRAMATICO ILUSTRADO.

CADA ENTREGA UN REAL.
UNA Ó DOS SEMANALES.

[62]



PÁGUESE Á LA ÓRDEN.

PIEZA EN UN ACTO ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

A. RODRIGUEZ.

PERSONAJES.

HECTOR DE LUCIENNE.
EL BARON DE VALFLEURI.
LA CONDESA ELENA.
JULIA, su doncella.
UN CRIADO.

La escena pasa en los alrededores de Paris.

ACTO ÚNICO.

Un salon con vista al jardin.—Puerta en el fondo.—A la derecha, en segundo término, otra puerta; en el tercero una ventana. —A la izquierda, en primer término, otra ventana, en el segundo una chimenea y una puerta en el tercero.—Un velador á la derecha y una mesa á la izquierda, ambos junto al proscenio.

ESCENA PRIMERA.

ELENA, JULIA.

(*Elena se hallará sentada junto al velador, con un libro en la mano, y Julia cosiendo en la parte opuesta.*)

ELENA. Julia.
JULIA. Señora.
ELENA. ¿Qué hora es?
JULIA. Las cuatro.
ELENA. ¿De la mañana?
JULIA. ¿Tiene V. gana de reir?
ELENA. ¡Cuánta ridiculez hay en esas palabras! ¿Acaso aparento yo tener gana de reir?
JULIA. No, señora.
ELENA. Entonces ¿por qué me dices eso?
JULIA. ¡Toma!...
ELENA. Abre esa ventana. (*Julia abre la ventana de la izquierda.*) ¡Qué cosa mas deliciosa es el campo!... A veces lo encuentro triste; pero su tristeza me arrastra á la mas dulce melancolía, y... Sí, sí, me muero por el campo; ¿y tú, Julia?
JULIA. Yo tambien, señora.
ELENA. Sin embargo, Paris tiene sus encantos... aquella vida animada, bulliciosa... ¡Oh, Paris!... ¡me muero por Paris! ¿y tú, Julia?
JULIA. Yo tambien, señora.
ELENA. ¿Afinaron ya el piano?
JULIA. Sí, señora.
ELENA. Mal hecho. ¡Es tan fastidiosa la música!... ¡siempre la misma cosa!

JULIA. ¡Toma! ya lo creo... ¡Como que no hay mas que siete notas!

ELENA. ¿Llueve aun?

JULIA. No, señora.

ELENA. (*Levantándose.*) ¡Gracias á Dios!

JULIA. Hace un sol magnífico.

ELENA. (*Dirigiéndose á la ventana.*) En efecto... ¡Cuán bello es el sol! pero eso ya es viejo... Mira, Julia, desearia haberme muerto.

JULIA. ¡Cómo, señora!

ELENA. ¿Por qué no? La vida es tan monótona... tan... ¿Estoy bien peinada?

JULIA. Divinamente.

ELENA. Pues me alegro; así me gusta, así me gus... Pero ¿qué haces que no hablas, Julia?... Dí algo, mujer, dí algo.

JULIA. ¿De qué quiere V. que yo?...

ELENA. ¿Lo sé por ventura? Háblame de lo que te se antoje, pero no dejes de hablar. Habla, Julia, habla... ¿Ni una palabra?... ¡Ah! ¡tengo unas ganas de llorar!

JULIA. Señora, aquí viene el señor baron de Valfleuri.

ELENA. ¡Ah! me alegro; ese hombre me aburre.

JULIA. ¡Cómo! ¿el señor baron, con quien debe V. casarse de aquí á tres semanas?...

ELENA. ¿Y acaso crees que la gente se casa para divertirse?

JULIA. ¡Vaya!

ELENA. Te engañas; la gente se casa para fastidiarse, ó mejor dicho, para fastidiarse á duo. (*Vase Julia.*)

ESCENA II.

ELENA, EL BARON.

BARON. (*Con un enorme ramillete, una caja de pistolas y un par de espadas.*) Está bien, jardinero, está bien.

ELENA. ¿Qué significa todo ese arsenal, baron?

BARON. (*Colocando las armas en el fondo.*) ¡Oh! no haga usted caso: acabo de figurar en un desafío... (*Movimiento de Elena.*) Como testigo.

ELENA. ¡Qué horror!

BARON. Cálmese V.; no ha corrido mas sangre que el champagne, y solo han sido víctimas... dos patos. (*Ofreciéndole el ramillete.*) ¿Tendria V. la amabilidad?...

ELENA. Gracias; póngalo V. allí, y siéntese. (*Sentándose.*) ¿Decia V., baron?...

BARON. ¿Yo? yo...

ELENA. ¡Cómo! ¿no tiene V. nada que decirme? Siendo así, váyase V.

BARON. Pero ¿V. quiere?...

ELENA. Entonces siéntese y tome la palabra. (*El baron se sienta.*) Hable V., que ya le escucho.

BARON. Hablaré, condesa; ¡vaya si hablaré! ¿Ha fijado usted ya el dia de mi felicidad?

ELENA. ¿No lo hemos convenido ya?... De aquí á tres semanas.

BARON. Perdone V., hace seis meses que me dice V. lo mismo.

ELENA. (*Riendo.*) Lo cual probará á V. que soy muy consecuente.

BARON. (*Con despecho.*) ¡Siempre con la burla en los labios!

ELENA. ¿No le he dado á V. mi palabra?

BARON. Es verdad, pero ¡tiene V. tan poca memoria!...

ELENA. (*Riendo.*) V. preferiria tener un título, ¿no es eso?

BARON. Confieso que...

ELENA. (*Riendo.*) Veamos: ¿le hace á V. falta una letra de cambio, una carta-órden á la vista, al portador?...

BARON. No me vendria mal una carta-órden.

ELENA. (*Dirigiéndose á la mesa.*) Sobre la marcha. (*Escribiendo.*) «Valga por mi mano, exigible dentro de tres semanas, á la órden del baron de Valfleuri»...—¿Está V. satisfecho?

BARON. (*Levantándose.*) ¡No que no!

ELENA. Me alegro. Y ahora voy á hacerle á V. una pregunta: ¿por qué quiere V. casarse conmigo?

BARON. ¡Pues me gusta! Porque es V. encantadora, y porque la adoro á V.

ELENA. ¿V. me adora?

BARON. Con locura.

ELENA. ¡Está gracioso! Si no me conoce V.

BARON. (*Dando un paso hácia atrás.*) ¡Cómo! yo no...

ELENA. Si, V. conoce mi fisonomía... y mis propiedades; pero por lo que respecta á mi carácter, á mi corazon... ¿A qué no sabe V. siquiera como me llamo?

BARON. ¿No es V. la condesa de Noisy?

ELENA. Noisy es el nombre que he tomado; pero tengo otro.

BARON. ¡Otro! y ¿cuál es ese otro?

ELENA. El de mi esposo.

BARON. ¿Es V. viuda?

ELENA. No, baron.

BARON. ¿Está V. casada?... ¿casada con un hombre? (*Dando algunos pasos para marcharse.*)

ELENA. ¿Dónde va V.?

BARON. A matar á su marido, señora.

ELENA. Espere V., que aun no he concluido. Cuando acabe, le permitiré á V. que le mate... si puede.

BARON. ¡Vaya si le mataré!

ELENA. Corriente. Sin consultar bastante mi parecer, me casaron con el objeto de terminar un antiguo pleito que podia ser ruinoso para mi familia. Al cabo de quince dias mi esposo no podia ya vivir conmigo, y yo por mi parte solo podia vivir léjos de él... Ya ve V. que, al menos por esta parte, simpatizábamos los dos.

BARON. Efectivamente.

ELENA. Así pues, animados ambos de las mismas intenciones, acabamos por descubrir que al casarnos se habia omitido una formalidad indispensable segun parece...

BARON. ¡Hola!

ELENA. Sí, de este modo logramos que la justicia desatase la cadena con que nos habia sujetado la ley... Por mi parte no sé qué ha sido de mi noble esposo.

BARON. ¿Es decir, señora, que V. es viuda de?...

ELENA. De un hombre que vive; al menos así lo creo. Ya comprenderá V. que antes de otorgarle mi mano, era justo que le diese cuenta de este pequeño detalle...

BARON. (*Aparte.*) ¡Pues me gusta la pequeñez!

ELENA. Ahora mi conciencia está ya tranquila... ¿Comerá V. aquí, no es verdad?... Es V. muy amable... Gracias por las flores, baron. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

EL BARON, *solo.*

¡Con que es viuda, ó mejor dicho, hay un hombre que ha sido su marido! ¡Con que no es!... ¡Ah! este incidente me deja algo mohino. Es verdad que no ha estado casada mas que quince dias... Además tiene cincuenta mil

libras de renta, contra las cuales no tengo ningun resentimiento, y que se pasarian sin mí mucho mejor que yo sin ellas... Vamos, decididamente insisto en mi propósito... Solo me faltará pedir algunas esplicaciones á ese caballero, y atravesarle el cuerpo de parte á parte con mi espada. (*Oyese un tiro. El baron mira por la ventana.*) ¿Qué es eso? Un hombre cazando en los sembrados... ¡en mis futuros sembrados!... Pero calle.... cualquiera diria... Sí, sí...

HECTOR. (*Fuera.*) ¡Ya la maté!

ESCENA IV.

EL BARON, HECTOR.

HECTOR. (*Saliendo sin sombrero, con la escopeta en una mano y una perdiz en la otra.*) Trabajo me ha costado, pero cayó por fin.

BARON. ¡Hector!

HECTOR. ¡Baron!... Perdona si entro de este modo. ¿Estoy en tu casa, eh?

BARON. No, estás...

HECTOR. Dos horas he estado persiguiéndola; ¿lo oyes?... ¡Dos horas!

BARON. ¿A quién?

HECTOR. A mi perdiz. Habia ido á almorzar á la quinta de un amigo, situada á tres leguas de aquí, cuando vi levantarse de la huerta una bandada de perdices... Ya sabes que las perdices vuelan en bandadas, pues á estos animalitos les gusta la sociedad. Al divisarlas, abandoné la mia, y montando en mi fiero corcel, en un credo me planté en la llanura... ¡Hombre, me he olvidado el sombrero!... Pero ¡bah! no importa... Pues, como te iba diciendo, en un instante me puse á tiro de fusil... ¡Pum! hago fuego, y á tierra mi perdiz... La habia herido en el ala izquierda, pues tengo el sistema de apuntar siempre al lado del corazon. Apeéme, y fuí en busca de la víctima; pero por mas que hice, no me fué posible dar con ella. Ya me disponia á volverme, desesperado por mi mala suerte, cuando hé aquí que mi maldita perdiz se levanta y echa á volar con la ayuda del ala derecha, que le habia dejado intacta... ¡Voto á! esclamé... Chico, ¿se puede jurar aquí? ¿estoy en tu casa?

BARON. No, estás...

HECTOR. (*Continuando.*) ¡Voto á! esclamé, no te reirás de mí... Y emprendo otra vez el galope... Entrégase mi víctima al mismo ejercicio, y ála, ála, ála... continúo persiguiéndola nada menos que tres leguas... ¡Qué calor hace en el mes de agosto! Iba ya á abandonar la partida pero un sentimiento de conveniencia me llevó á hacer el siguiente raciocinio: Esta pobre perdiz solo tiene ya mi compañía, puesto que la he separado de la suya, y por lo tanto no debo abandonarla, porque podria tener malos encuentros... sigámosla pues... Y la perdiz continúa su camino por el aire, en tanto que yo corre que te corre... ¡Ay, Dios mio! ¡qué calor hace en el mes de agosto!

BARON. ¿Pero por fin?...

HECTOR. Por fin mi presa se detiene en este jardin... Apunto, y le tiro al ala derecha... Tengo el sistema de apuntar siempre á las perdices al ala derecha, sobre todo cuando ya tienen la izquierda rota. Cae, abro entonces la reja, entro, me apodero de lo que me pertenece, y penetro hasta aquí para ofrecer al dueño de esta quinta mis escusas y pedirle un vaso de agua... Pero ya que estoy en tu casa, cambio mis escusas en un apreton de mano, y me convido á comer. Nos la comeremos, baron. ¿Dónde está la cocina?

BARON. Pero, querido amigo...

HECTOR. ¿No me esperabas, y no te atreves á invitarme á tu modesta comida?... Haces mal... acepto, baron, acepto sin ceremonias... ¿Dónde está la cocina?

BARON. Pero escúchame...

ESCENA V.

Los mismos, JULIA.

HECTOR. (*Viéndola entrar.*) ¡Ah! Una doncella en vez de un lacayo... Comprendo, baron, comprendo. (*Dándole la perdiz.*) Toma, Luisita.

JULIA. Julia me llamo, si no lo lleva V. á mal.

HECTOR. Lo mismo da. (*Aparte.*) ¡Qué suerte que tiene el pícaro! (*Alto.*) Vé, hija mia, vé: comeremos á las cinco.

JULIA. Pero, caballero...

HECTOR. Toma, ahí va ese luis... Siempre llevo yo un luis.

JULIA. Sí, pero...

HECTOR. Pues toma un abrazo... Siempre tengo yo un abrazo... (*Al baron.*) ¿Me permites?... Es linda esa muchachilla.

JULIA. (*Aparte.*) Sin duda es algun amigo de la señora. (*Haciendo brincar la moneda.*) Me parece todo un caballero.

HECTOR. Con que, Juanita...

JULIA. Voy volando, señor. (*Volviendo.*) ¡Ah! me olvidaba... ¿La guisaremos con cebolletas?

HECTOR. Las cebolletas no sientan mal á la perdiz... Pon cebolletas, Rosita, pon cebolletas.

JULIA. Muy bien, señor. (*Yéndose.*) Es todo un caballero.

ESCENA VI.

HECTOR, EL BARON.

HECTOR. ¡Es como un oro esa chicuela! ¡Ah, tunante! (*Dándole un pescozon.*)

BARON. Pero, hombre...

HECTOR. (*Apretándole la mano.*) Nada; bien hecho, picaron, bien hecho.

BARON. ¡Diantre! ¿me dejarás hablar por fin?

HECTOR. Habla; ¿quién te lo impide?

BARON. Eres un loco. Ni esa muchacha está á mi servicio, ni me pertenece esta quinta.

HECTOR. ¡Cómo! ¿no estoy en tu casa?

BARON. No; esta es la quinta de la señora de Noisy.

HECTOR. ¡La señora de Noisy!... ¡No estoy en tu casa y me dejas dar órdenes para comer!... ¡Ves que me convido y nada me esplicas!... ¡Me toleras que grite, jure y tutee á las criadas, y no te se ocurre sacarme la tajada de un pellizco!

BARON. Pero...

HECTOR. Calla, calla; te creia un hombre bien educado, y veo con dolor que solo eres un malandrin... Quita allá... ¡Esto es tristísimo!

BARON. ¡Bravo! solo falta que me injuries, cuando tú eres quien...

HECTOR. Yo creia hallarme en casa de un amigo y me he dejado llevar de mi bello carácter; pero tú, que sabias la verdad y no me dices esta boca es mia... ¡Oh! ¡esto es horroroso... piramidal!...

Baron. Pero, desgraciado, si no metes la lengua en paladar.
Hector. Y esa señora, ¿qué va á pensar... de tí?
Baron. ¿De mí?
Hector. En tu lugar, no volveria yo á poner los piés en esta casa. Por lo que á mí atañe, solo me queda que hacer una cosa, y es...
Baron. ¿Qué?
Hector. (*Sentándose.*) Quedarme.
Baron. ¡Cómo! ¿te quedas?
Hector. Y á comer.
Baron. ¿A comer?
Hector. ¿Crees que soy tan manso que voy á dejaros engullir mi pájaro sin contar conmigo?
Baron. Pero...
Hector. Nada; si se me niega un sitio á la mesa, que me devuelvan mi perdiz. (*Gritando.*) ¡Quiero mi perdiz!
Baron. ¡Cielos! ¡la condesa!

ESCENA VII.

Dichos, Elena.

Elena. ¿Qué pasa?
Baron. Señora, este caballero que...
Elena. ¡Cielos!
Hector. ¡Gran Dios!
Elena. (*Aparte.*) ¡Mi marido!
Hector. (*Aparte.*) ¡Mi mujer!
Baron. ¿Se conocian Vds. quizá?
Hector. Sí... un poco.
Elena. Caballero, ¿á qué debo el honor?...
Hector. Es la cosa mas sencilla, señora: me hallaba por ahí cazando, cuando divisé al baron en esa ventana, y creyéndome en su casa...
Baron. (*Riendo.*) Se ha convidado á comer.
Elena. A com...
Hector. Crea V., señora, que yo ignoraba...
Elena. Estoy muy léjos de reprochárselo á V., y espero que me dispensará V. el honor...
Hector. ¡Oh! señora, demasiado sé... pero en este atavío...
Elena. ¡Bah! en el campo...
Hector. Si ni siquiera llevo sombrero.
Elena. ¿Y le hace á V. falta el sombrero para comer?
Hector. Confieso que en rigor puedo prescindir de él, pero...
Elena. Entonces...
Hector. (*Aparte.*) ¡Comer ahora con mi mujer! ¡Vaya una cosa divertida! (*Alto.*) Acepto, señora, acepto.
Elena. No hay que pedir mas amabilidad. (*Se dirige al fondo, y da sus órdenes á Julia, que sale.*)
Baron. (*Aparte.*) ¡Calle! éste quizá conocerá al marido. (*Bajo á Hector.*) Díme, ¿conoces á su marido por casualidad?
Hector. ¡Vaya!
Baron. Pues bien, voy á dejarte solo con ella para que le anonades.
Hector. ¿A quién?
Baron. Al marido.
Hector. ¿Por qué?
Baron. Ya te lo esplicaré. Con permiso de V., condesa, voy á poner dos líneas á mi notario.
Elena. Vaya V., baron.
Baron. (*Yéndose.*) Este lo arreglará todo á pedir de boca.

ESCENA VIII.

Hector, Elena.

Hector (*Aparte.*) Es decir, que ese galopin pretende que yo hable mal de mí mismo.
Elena. (*Aparte.*) No creo que le haya sabido á almíbar volver á encontrar á su esposa. (*Gran pausa.*)
Hector. ¿Decia V.?
Elena. ¿Yo? yo no decia nada.
Hector. Perdone V., habia creido... (*Empieza á pasearse, y la condesa le imita, hasta que por último se sientan uno á la derecha y otro á la izquierda, mirándose con la mayor sangre fria.—Aparte.*) ¿Qué podria yo decirle que hiciese efecto? (*Alto.*) Se conserva V. muy bien, condesa, desde...
Elena. ¿Desde hace cinco años? Ciertamente, caballero, ¿y V.?
Hector. ¡Cómo! ¿hace ya cinco años?
Elena. Y muy largos.
Hector. ¿De veras?
Elena. ¿Continúa V. con tanta aficion á la caza?
Hector. Sí, condesa, ¿y V.?
Elena. ¿Yo? (*Riendo.*) Yo tambien, señor conde, puesto que ella me proporciona hoy un *placer*...
Hector. Al que renunció V... con *placer*, condesa.
Elena. Creo que lo hemos tenido á medias, caballero.
Hector. ¡Condesa!
Elena. En fin, caballero, ¿á qué luchar contra la evidencia?... ¿Hay por otra parte cosa mas sencilla? Ambos nos detestábamos, y nuestro feliz hado permitió que nos fuese posible romper un *lazo* que se iba convirtiendo en *cadena*... Lo rompimos, é hicimos divinamente.
Hector. Yo no la odiaba á V., condesa, sino que su carácter no hermanaba mucho con el mio.
Elena. Porque el de V. no se amoldaba al mio absolutamente.
Hector. (*Levantándose.*) ¡Ah! (*Con ingenuidad.*) ¿Con que tengo un carácter tan malo?
Elena. ¡Oh! ¡horroroso!
Hector. ¿De veras?... ¿es decir que tengo defectos?
Elena. Algunos.
Hector. Es muy posible, pero...
Elena. (*Levantándose.*) Y yo ¿los tengo acaso?
Hector. (*Con galantería.*) ¿V., condesa? (*Cambiando de tono.*) En grado superlativo.
Elena. Es verdad. Pues bien, una vez que somos las únicas personas que nos conocemos á fondo, ¿vamos á decirnos tranquilamente las verdades para pasar el rato?
Hector. No es mala la idea.
Elena. Pues empecemos. Dígame V. mis defectos.
Hector. ¿Todos?
Elena. Todos.
Hector. (*Mirando el reloj.*) ¿A qué hora se despiden sus amigos de V., condesa?
Elena. Entre once y doce de la noche.
Hector. (*Mirando siempre el reloj.*) ¡A las doce! Son las tres... Mire V., condesa, mas vale dejarlo para otro dia, que vendré á las seis de la mañana, y así, aligerándose un poco...
Elena. ¡Ah! no importa... empecemos de todos modos, (*Se sienta á la derecha.*) y lo tendremos en cuenta para la próxima sesion.

Hector. Estoy á las órdenes de V.... Pero seremos francos, ¿no es verdad?

Elena. Puede V. estar tranquilo, que quedará contento de mi.

Hector. Adelante pues. Puesto que nos falta tiempo, voy á contentarme con enumerar los defectos de V. en globo... Despues los examinaremos en detall y con pruebas al canto... ¿Le parece á V. bien?

Elena. Muy bien.

Hector. En primer lugar, condesa, V. es coqueta, indiscreta... ¿Puedo seguir?

Elena. Adelante.

Hector. (*Acercándose.*) V. es curiosa, caprichosa, recelosa, desdeñosa, nebulosa, y aun diré tempestuosa. (*Se sienta á la derecha.*) Añada V. á esto que es V. presuntuosa y muy imperiosa, y habremos llegado á enumerar sus defectos... en *osa*. Ahora pasemos á...

Elena. ¡Cómo! ¿aun no ha acabado V.?

Hector. Pues si no he hecho mas que empezar.

Elena. (*Levantándose.*) Pues confieso á V., caballero, que no me siento hoy con fuerzas para oir mas: no podrá V. menos de convenir conmigo en que por ser la primera sesion, basta y sobra.

Hector. (*Tambien de pié.*) Corriente, se continuará en el siguiente número.

Elena. (*Aparte.*) Ahora me toca á mi. (*Alto.*) ¿Quiere usted permitirme que señale algunas de sus ligeras imperfecciones?

Hector. Está V. muy en su derecho, condesa.

Elena. En primer lugar, caballero, V. es un presumido.

Hector. No es culpa mia... ¡Me han consentido tanto!

Elena. Egoista de primer órden.

Hector. Huérfano desde la mas tierna edad...

Elena. Pródigo, libertino...

Hector. ¡Son las mujeres tan lindas... y tan buenas!...

Elena. Jugador, jugador desenfrenado.

Hector. ¡Son tan largas las noches de invierno!...

Elena. Cazador... sin tregua.

Hector. ¡Son tan largos los dias en verano!...

Elena. Bebedor, gloton, goloso...

Hector. ¿Y qué importa cuando se tiene un buen estómago?

Elena. Satirico, mordaz, provocador, duelista...

Hector. Es verdad; pero como llevo diez años de lecciones...

Elena. Vamos, no puede V. menos de confesar que era un marido detestable.

Hector. Cierto; cuando V. me conceda que no era una esposa modelo.

Elena. Nada sé que...

Hector. ¡Pardiez! las mujeres se equivocan de medio á medio, pretendiendo exigir de sus esposos tanto como ellos exigen de sus mujeres...

Elena. ¡Hola!

Hector. Ya la oigo á V. poner el grito en el cielo, diciendo: ¡esto es un egoismo, una tiranía!... Hará V. mal, muy mal. Vamos á cuentas. ¿Qué es un jóven? Una mariposa, macho, se entiende, mas ó menos ligera... (esta es cuestion de peso y de medida), que va y viene, que sale y entra... ó que no entra... (esta es solo cuestion entre él y su portero). En una palabra, es libre y dueño de sí mismo... ¿Qué es una jóven? una tierna avecilla, cautiva, esclava de su madre y de sus parientes, y si es huérfana, esclava del *¿qué dirán?*... Llegan á unirse estos dos séres, y ¿qué sucede? que la mujer se convierte en soberana, y el hombre tiene naturalmente que renunciar á su antiguo método de vida. No hay necesidad de añadir que es preciso que la víctima esté en casa á las horas de comer; que si la señora desea ir al baile, al concierto, es indispensable que él se vista de negro con corbata blanca... sin murmurar; (esto es muy justo, convengo en ello)... Pero la mujer no debe olvidar que estas cosas, tan sencillas en apariencia, son sacrificios muy considerables en el fondo... porque en fin, yo era libre, y V. esclava... ¡Le doy á usted libertad, y no quiere que yo goce de ella!... ¡Esto es monstruoso! Consecuencia de todo lo dicho: la mujer que desee hacer la felicidad de su esposo, debe dejarle toda cuanta libertad sea compatible con el matrimonio; de otra manera, el himeneo seria la emancipacion de la mujer y la esclavitud del hombre.

Elena. Algo hay de verdad en lo que acaba V. de decir, señor conde, y lo tendré muy presente; pero V. olvida que un buen marido no tiene necesidad de tanta y tanta libertad.

Hector. ¿Y por qué no? Puede muy bien amar uno á su esposa y...

Elena. Si yo fuese hombre, no me casaria hasta despues de haberme hecho este raciocinio: tengo ya treinta años, hago una suposicion; hasta aquí he vivido como soltero, es decir, como refinado egoista. ¿He sido feliz?... ¿Sí? pues continuemos soltero: ¿no? pues casémonos; pero cortemos por lo sano, pues en adelante quiero vivir para los demás, para mi esposa, para mis hijos... Abdico mi libertad y me digo: por espacio de treinta años he sido libre... ahora le toca á mi mujer... ¡Á cada uno su turno!

Hector. Algo hay de verdad en todo eso, pero...

Elena. Convengo en que es pedir demasiado, pero escojamos un término medio entre su sistema de V. y el mio, y creo que habremos dado con una buena esposa y un escelente marido.

Hector. ¡Eh, eh! podria V. muy bien tener razon, y por lo tanto doy á V. las gracias...

Elena. Reciba V. las mias, señor conde.

Hector. No hay de qué.

Elena. Perdone V., yo le prometo sacar partido de sus consejos.

Hector. (*Con estrañeza.*) ¡Partido!...

Elena. Me caso de aquí á tres semanas.

Hector. ¿De veras? Hé aquí una cosa chocante... (*Riendo.*)

Elena. No creo que sea mi propósito digno de risa.

Hector. En efecto; no me rio de que se disponga V. de nuevo á inclinar el cuello, sino de que yo tambien pienso imitar á V.

Elena. No es posible.

Hector. Palabra de honor. (*Ambos rien.*)

Elena. ¿Vuelve V. á tomar estado?

Hector. De aquí á un mes abdico mi libertad en favor de la señorita María de Mangaillard.

Elena. ¡María!

Hector. ¿La conoce V.?

Elena. ¡Si es mi mejor amiga! Reciban Vds. ambos mi parabien, señor conde, porque sin que esto sea ofenderle, ó V. ha cambiado mucho, ú oculta V. divinamente sus cualidades.

HECTOR. Puede V. creer que por mi parte...

ELENA. Oigo al baron... felizmente para ambos, señor conde, pues empezábamos ya á felicitarnos con demasiado calor quizá.

HECTOR. (*Aparte.*) Como me llamo Héctor, que no es la misma.

ELENA. (*Aparte, saludando é yéndose por la izquierda.*) ¡Cuanto ha mejorado mi esposo!

ESCENA IX.

HÉCTOR, *despues* EL BARON.

HECTOR. Está encantadora mi mu... la señora... la señorita... en fin, sea quien sea, está encantadora.

BARON. ¿Le hablaste por fin?

HECTOR. Sí; es un ángel, baron.

BARON. ¿A quién se lo dices? ¿Has anonadado al marido?

HECTOR. Bastante se ha anonadado.

BARON. ¡Oh, amigo mio! ¡qué favor tan señalado me has hecho!

HECTOR. ¿A tí?

BARON. ¡Vaya! Sí, amo á la condesa, la adoro y antes de tres semanas ha de ser mi esposa.

HECTOR. ¡Eh! ¿tú?... (*Aparte.*) ¡Oh! no en mis dias.

BARON. ¿Qué decias?

HECTOR. Digo que eso es abominable. ¡Una mujer casada!

BARON. Ya no lo está.

HECTOR. Es verdad, pero tiene un marido... además ¡ha cambiado tanto!... ¡Qué gracia! ¡qué talento! ¡qué pié!

BARON. Pues justamente por eso...

HECTOR. ¿Por el pié?...

BARON. No, por todas sus gracias reunidas.

HECTOR. Luego, su marido es mas celoso que un turco, de genio violento... atroz... En una palabra, esa mujer es un ángel, y ya ves que ese casamiento es imposible.

BARON. ¿Estás loco?

HECTOR. Tienes razon, desvario. Necesito respirar; ven á pasearte, baron. (*Aparte.*) Voy á arrojarle al pozo. (*Alto.*) Ven á pasearte, baron.

ESCENA X.

Dichos, JULIA.

JULIA. (*Saliendo.*) Ya está en el fuego.

HECTOR. ¿Quién?

JULIA. (*Asustada.*) La perdiz, caballero.

HECTOR. ¿Qué perdiz! ¡Ah, sí, la que me trajo aquí! ¡Magnífica perdiz! Vé, Antoñita, cúidala, cúidala bien: tenle muchos miramientos, y que no le falten cebolletas. Vente á pasear, baron. (*Aparte.*) Tengo otra idea. (*Bajo á Julia.*) ¿No hay por aquí un invernadero ó un palomar?

JULIA. Sí, señor, en el fondo del jardin hay una pajarera muy vieja.

HECTOR. (*Bajo.*) Muy bien. (*Alto.*) Vente á pasear, baron.

BARON. (*Aparte.*) ¡Está loco

HECTOR. Gracias, Pepita. (*La abraza.*) Allá va eso.

BARON. ¡Otra vez!

HECTOR. Los llevo siempre conmigo. (*Vase rápidamente arrastrando al baron.*)

ESCENA XI.

JULIA, *despues* ELENA.

JULIA. ¡Vaya un ente original! Sin embargo, es todo un caballero.

ELENA. (*Entrando pensativa.*) ¡Ah! ¿eres tú, Julia? ¿En dónde están esos caballeros?

JULIA. En el jardin, señora. ¿Quiere V.?...

ELENA. No; quédate; tengo que hablarte.

JULIA. ¡Ah!

ELENA. Dime, Julia, ¿es cierto que estás á disgusto en mi casa?

JULIA. (*Con estrañeza.*) ¿Yo, señora?

ELENA. Me han dicho que querias entrar al servicio de la señora de Mangaillard.

JULIA. Señora, juro á V. que jamás...

ELENA. Si yo no te riño, hija mia, si yo no te riño... Tu prima es la lavandera del castillo, y me hago cargo que el deseo de aproximarte á ella... Además, como yo soy tan fantástica... tan caprichosa... y aun tempestuosa, segun dicen, y luego la señorita de Mangaillard es un ángel de dulzura y de bondad...

JULIA. La señorita María es muy buena, es cierto; pero V. no tiene nada de mala.

ELENA. Es verdad, pero me hallo léjos de poder ser comparada con ella.

JULIA. Es que la señorita María es una perla, sin la menor sombra de defecto.

ELENA. Tú exageras: quizá me hablas así para agradarme, porque sabes que es mi amiga y que la quiero mucho. Nadie puede vanagloriarse de no tener sus defectillos, Julia, y María tiene los suyos tambien.

JULIA. ¡Oh! ¡serán tan insignificantes!...

ELENA. Sin duda; pero ¿no has observado que por ser una jóven soltera, le hace falta cierta prudencia?... ¿Es acaso conveniente, por ejemplo, que salga á caballo sola casi todos los dias, durante horas enteras?

JULIA. Es verdad, tanto que el otro dia se dijo en un corrillo...

ELENA. (*Vivamente.*) ¡Ah! con que se decia...

JULIA. ¡Oh! no merece la pena de que se lo cuente á V.

ELENA. Sí, dímelo; deseo saber...

JULIA. Se decia que si la señorita tuviese un amante, serian sus salidas un escelente pretesto para...

ELENA. ¡Hola!

JULIA. Va V. á creer que soy una mala lengua.

ELENA. No, mujer; continúa, te lo ruego. Ya conocerás que si el modo de obrar de María da lugar á malas interpretaciones, es preciso que yo lo sepa... con el objeto de darle á conocer los peligros á que la espone su atolondramiento.

JULIA. Pues bien, señora, una vez que es por el bien de la señorita María, diré á V. que se ha murmurado bastante sobre si en sus paseos entabla alguna que otra vez conversacion con los jóvenes que suele encontrar en los bosques.

ELENA. ¿Jóvenes?

JULIA. Con los húsares, sobre todo.

ELENA. ¡Cómo! ¿habla con los húsares?

JULIA. Con oficiales, se entiende.

ELENA. Así me lo figuro.

JULIA. Y al decir oficiales, tal vez exagero, pues parece que siempre es con uno mismo.

ELENA. ¡Ah! con que siempre es el...

JULIA. Esto en rigor no vale la pena; pero ya sabe V. que los húsares son comprometedores.

ELENA. ¿Y no se dice nada mas de ella?

JULIA. Nada mas, señora, y aun eso pertenece á la historia antigua, pues hace ya mas de un mes que la señorita no ha salido una vez siquiera.

ELENA. ¿Que hace un mes dices?

JULIA. Sí, señora.

ELENA. ¿No hace precisamente ese tiempo que partió el escuadron?

JULIA. (*Suspirando.*) ¡Sí, señora, para Argel!

ELENA. (*Mirándola.*) ¡Ah! está bien. Gracias, Julia, gracias.

JULIA. Servidora. (*Vase.*)

ESCENA XII.

ELENA.

ELENA. ¡Ah, señorita de Mangaillard! ¡Con que V. galopa por los bosques... con la caballería!... ¿Y es V. la que pretende entrar... en el estado civil?... ¡Oh! no ha nacido Hector para representar semejante papel... Yo seré su providencia. (*Reparando en el ramillete del baron.*) ¿Qué es esto? ¡Ah! el ramillete del baron... ¡Qué poco gusto tiene este ramo!... Además, es una ridiculez ofrecer flores en el campo... es lo mismo que si se brindase con un vaso de agua á la orilla del rio. (*Tira el ramillete por la ventana.*)

HECTOR. (*Fuera.*) ¡Ay!

ELENA. ¡Dios mio! ¡el conde!... y va á creer... ¡Sálvese quien pueda! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

HECTOR, *solo.*

HECTOR. (*Entrando con el ramillete en la mano.*) ¡Tengan ustedes otra vez mas cuidado! ¿Quién es el que echa los árboles por la ventana?... porque esto no es un ramillete, sino un árbol, y un árbol con penacho. (*Frotándose la frente.*) No saldré otra vez sin sombrero... Lo mismo da; estoy satisfecho de mi escursion... ¿Qué venia yo á hacer aquí? ¡Ah! ya me acuerdo; venia á ver á la condesa para decirle... Pero, voto á mil bombas, querido Hector, estás pisando el dintel del ridículo. ¿Estás enamorado de tu mujer, hijito mio? No, no; en sustancia ya no es mi mujer, y de consiguiente puedo enamorarme... y puedo pedirla en matrimonio... Voy pues... ¡Esto de no llevar sombrero!... Debia de haber tomado el del baron... pero uno no puede estar en todo... No importa; me decido.

ESCENA XIV.

HECTOR, JULIA.

HECTOR. ¡Ah! ¿eres tú, Frasquita? anúnciame.

JULIA. ¿A quién, señor?

HECTOR. A tu señora.

JULIA. La señora desea hallarse sola hasta la hora de comer.

HECTOR. ¡Huye de mí! Me teme, luego me ama.

JULIA. ¿A V., señor? ¿Pues y el señor baron? ¡Calle! ¿en dónde está?

HECTOR. Está ocupado, escribiendo sobre la manera de educar los pichones y de producirse diez mil libras de renta.., Es muy sencillo: se compran veinte mil pichones á diez sueldos, se revenden á veinte, y al cabo del año se han ganado diez mil francos.

JULIA. Mire V., es buena idea.

HECTOR. ¡Vaya! Díme, Pascualita, ¿tu señora no te ha dicho que me amaba?

JULIA. No, caballero.

HECTOR. Entonces es que no quiere decirlo á nadie mas que á mí. Es preciso que yo la vea.

JULIA. ¿Cómo?

HECTOR. En eso estoy pensando. (*Viendo las espadas que dejó el baron.*) ¡Ah! hé aquí lo que buscaba. Toma ésta. Está bien; ahora vamos á batirnos.

JULIA. ¡Yo!

HECTOR. ¡Calla! ahí va un segundo luis... Siempre llevo yo conmigo un segundo luis. Ahora, ¡atencion! (*Descargando golpes sobre la espada de Julia.*) No, baron, no la tendrás, mientras yo viva... Toma tu espada, muchacha, tómala.

JULIA. ¡Pero si este es mi primer desafío!...

HECTOR. ¡Tu primer desafío! ¡Eh! ¿qué importa? (*Esgrimiendo la espada.*) ¡Una! ¡dos! ¡una! ¡dos! ¡Páre V. en tercia! ¡ahora en cuarta!... ¡Y no me oye!

JULIA. Si están cerradas las dos puertas.

HECTOR. ¿Hay dos puertas? ¿Por qué no lo decias antes? Mira lo que las va á abrir. (*Toma la escopeta y la descarga por la ventana. Julia lanza un grito.*) ¡Calle! he muerto un colorin. Ahora ya puedes irte.

JULIA. Pero...

HECTOR. Véte. (*La empuja hácia fuera.*)

ELENA. (*Dentro.*) ¿Qué ruido es ese?

HECTOR. (*Desapareciendo por el fondo.*) ¡Hela aquí! Llegó el momento.

ESCENA XV.

ELENA, HECTOR.

ELENA. (*Corriendo hácia la derecha.*) ¡Ay, Dios mio! ¿qué es lo que pasa? ¡Julia! ¡Julia! (*Divisando á Hector, que sale con la mano envuelta en su pañuelo.*) ¡Cielos! ¿viene V. de batirse, caballero?

HECTOR. Tranquilícese V., señora, el baron está intacto.

ELENA ¿Quién le habla á V. del baron?... Pero V... ¿V. está herido... de gravedad quizá?

HECTOR. Un ligero arañazo, condesa.

ELENA. Lo mismo tiene. Eso es indigno, caballero; arriesgar así la existencia por... por una bagatela tal vez...

HECTOR. No por cierto.

ELENA. Pues ¿qué motivo?...

HECTOR. Condesa, cuando uno quiere deshacerse de un rival, ¿cómo se las compone?

ELENA. ¡Un rival!

HECTOR. Sí, condesa; estoy espiando hace una hora el crímen de no haberla conocido á V.; lo espío cruelmente, se lo aseguro á V.

ELENA. ¡Cómo, caballero! ¿pues no ama V. á la señorita de Mangaillard?

HECTOR. Tanto como V. ama al baron.

ELENA. Entonces quizá existiria un medio... que debo decir á V...

HECTOR. ¿Para romper?

ELENA. Sin faltar al decoro.

HECTOR. Espliquese V.

ELENA. No puedo; pero si María preguntase á V. el motivo del rompimiento, dígale V. muy quedito: «Bosque de Senard, 6.° de húsares», y yo le respondo á V...

HECTOR. ¡Bah! (*Tarareando.*) ¿Ha conocido á los húsares de la guardia?

ELENA. ¡Chist!

HECTOR. Pero ¡eso es decir que yo soy el mas feliz de los hombres! ¿Cuándo es la boda?

ELENA. ¿Qué boda?

HECTOR. La nuestra, ¡voto á Cribas!

ELENA. ¿Olvida V. que he dado mi palabra?...

HECTOR. Se retracta V.

ELENA. Si lo hiciera, pasaria por una loca, por una coqueta.

HECTOR. ¿Y qué le importa á V. la opinion del baron?

ELENA. ¿Y la del mundo?

HECTOR. El mundo no sabrá nada.

ELENA. El mundo lo sabrá todo, porque esta mañana he firmado al baron una promesa...

HECTOR. Es preciso reclamársela.

ELENA. No la devolverá.

HECTOR. Entonces será necesario quitársela.

ELENA. Imposible.

HECTOR. Siendo así no hay mas que hacerla ilusoria.

ELENA. ¿Y cómo?

HECTOR. Es muy sencillo... Voy á matar al baron.

ELENA. ¡Un duelo! Caballero, las estocadas no deben mediar para nada en este asunto.

HECTOR. ¿No quiere V.? Pues bien... ¿si yo le proporcionase á V. un medio decente de ponerlo... en la puerta?

ELENA. Veamos.

HECTOR. La cuestion no es esa... Si el pretesto es aceptable, ¿se servirá V. de él?

BARON. (*Dentro.*) ¡Esto es indigno!... ¡horroroso!

ELENA. ¡El baron!

BARON. (*Dentro.*) Julia, ponche... mucho ponche... ¡y muy caliente!

HECTOR. (*Aparte.*) ¡Ponche!... ¡Bravo! ya salí del paso.

ELENA. ¿Qué significa?...

HECTOR. Condesa, haga V. el favor de dejarnos solos un instante; dentro de veinte minutos tendremos este pretesto legal.

ELENA. Sobre todo que no haya sangre.

HECTOR. Viva V. tranquila. (*Vase la condesa.*) ¿Con que te gusta el ponche, baroncito? ¡Ya te daré de beber!.. (*Aparece el baron en el foro, furioso, mojado y cubierto de plumas de paloma.*)

ESCENA XVI.

HECTOR, EL BARON, *despues* JULIA.

BARON. ¡Esto es una infamia! ¡un asesinato! (*Estornuda.*)

HECTOR. ¿Qué es lo que tienes, baron?

BARON. ¡Cómo! ¿no ha oido V. la tempestad? Tengo... lo que tengo es que lo he recibido todo... que el techo del palomar es una verdadera espumadera. (*Estornuda.*) ¡Atchís!.. Y que estoy calado hasta los huesos... Eso es lo que tengo... ¡Atchís!.. Y cuando pienso que á no ser por el jardinero aun me encontraria allí!.. Eso es innoble, porque V. ha sido quien me ha hecho esa jugarreta.

HECTOR. ¡Yo! pues me gusta... El viento cerraria la puerta.

BARON. ¡El viento! pero confiesa V...

HECTOR. Ya que lo quieres, sea; yo he sido quien te ha enjaulado, porque te odiaba; ahora ya se me pasó... y te perdono. ¿Estás contento?

BARON. ¡Cómo! ¿tú me perdonas? (*Entra un criado con un ponche ardiendo.*)

CRIADO. Caballero, aquí está el ponche que ha pedido V.

HECTOR. ¡Un ponche! ¡eso es un baño!

BARON. En fin, no importa. (*Bebe.*) ¡Ah! esto es bueno... un poquillo fuerte, pero se entra en calor. (*Vuelve á servirse.*)

HECTOR. ¡Y pensar que hemos de bebernos todo eso!

BARON. ¿De veras?

HECTOR. Sí, baron... es preciso que te achispes antes de diez minutos. (*Beben.*) ¿No comprendes? pues vas á comprenderlo. (*Brindan y beben.*) Yo amo á la condesa.

BARON. ¡Bah!

HECTOR. Y quiero suplantarte.

BARON. ¡Eh!

HECTOR. Para lo cual, quiero achisparte... Te dejaré charlar, y en tu delirio me cantarás una cáfila de lindezas, que me apresuraré á relatar á tu prometida; ella te despedirá, y yo te reemplazaré. (*Bebe.*) ¡Andando!

BARON. (*Dejando el vaso.*) Gracias por la advertencia, querido conde, pues no beberé.

HECTOR. ¿Que no beberás? Luego hay secretos... ¿Secretitos de mala estirpe que temes dejar escapar?...

BARON. No, sino que...

HECTOR. Entonces, bebe.

BARON. (*Levantándose.*) ¡Pero esto es una asechanza!...

HECTOR. Tienes razon.

BARON. (*Aparte.*) En resúmen, nada me dice mi conciencia que... ¿Qué es lo que arriesgo?... (*Alto.*) Corriente; beberé.

HECTOR. (*Escanciando.*) ¡Gracias á Dios! A tu salud, mi buen amigo.

BARON. A la tuya. (*Beben.*)

HECTOR. (*Volviendo á llenar los vasos.*) ¡Vaya, vaya! ¿no estamos aquí para divertirnos?...

BARON. (*Bebiendo.*) ¿Es decir que quieres alegrarme?

HECTOR. ¡Quita allá! Vamos á ver, ¡otro vasito!

BARON. ¡Sea pues! (*Bebe.*) ¡Ah! no puedo mas... ¡qué calor hace aquí!

HECTOR. Pues quítate la levita.

BARON. No es mala la idea. (*Se quita la levita, respira con fuerza y bebe.*) ¡Ah! ¡qué placer! Dime, Hector, ¿no empiezas tú á ponerte tambien un poco?...

HECTOR. ¿Y tú?

BARON. ¡Diantre! yo... yo creo que sí.

HECTOR. Entonces, voy á interrogarte.

BARON. (*Muy borracho.*) Si yo no tengo nada que confesar... No he hecho nada, señor magistrado... soy inocente... no he cometido ni crímenes ni delitos... ni un solo pecado venial pesa sobre mi conciencia, reverendo señor... ¿Qué quiere V. que confiese?

HECTOR. (*Riendo á carcajadas y levantándose.*) ¡Ay, pobre baron! conozco perfectamente la pureza de tu alma, y no he tenido nunca la pretension de hacerte confesar ni tanto así.

BARON. Pues entonces, ¿qué pretendes?

HECTOR. Nada; he querido alegrarte para que te sorprenda la condesa en las viñas del Señor.

BARON. (*Levantándose con dificultad.*) ¡Bah! (*Vuelve á caer en la silla y se echa á reir.*) Está bien, muy bien representado. Me gusta mucho tu modo de... ¡pues está gracioso!

Hector. ¿Es decir, que tú no amas á la condesa?...

Baron. La condesa... la condesa... aun no me he fijado lo bastante... No conozco á nadie mas que á mis amigos, y tú eres mi amigo, mi buen amigo... Por lo tanto, quiero que me debas tu felicidad... Esta mañana me ha entregado la condesa una letra de cambio... Voy á endosarla á tu órden... Dame una pluma. (*Escribe algunas palabras.*) «Páguese á la órden...» ¡Ja! ¡ja! ¿Sabes lo que eres ahora? Un segundo portador... legítimamente dueño... eso es cosa del código... Y como todo hombre honrado se debe á su firma... la condesa es tuya... Hec... Hec... Hector... ¡yo os bendigo! (*Echa la cabeza sobre la mesa y se duerme.*)

Hector. ¡Bravo! (*Corriendo á la puerta de la izquierda.*) ¡Condesa! ¡Condesa!

ESCENA XVII.

Hector, Elena; el Baron, *dormido.*

Elena. ¿Qué pasa, caballero?

Hector. (*Señalando al baron, que ronca.*) Señora, presento á V. á su esposo...

Elena. ¡Ay, Dios mio!... ¡y en qué estado!

Hector. ¡Está plagado de defectos! Bebe en seco, se duerme despues. (*El baron ronca.*) Ronca durmiendo, y se quita la levita en sociedad.

Elena. ¡Huy! ¡qué horror!

Hector. V. pedia solamente un pretesto... legal; yo creo que basta y sobra.

Elena. Es verdad, pero aquella maldita promesa...

Hector. Héla aquí, condesa.

Elena. ¿Es decir, que ya soy libre?

Hector. Libre para volverse á unir conmigo...

Elena. ¡Cómo!

Hector. (*Leyendo el billete.*) «Páguese á la órden...» (*Entregándoselo.*) Ya lo ve V... creo que no me pondrá V. en el caso de tener que protestarla. (*Ambos rien.*)

Elena. Vamos, no tengo otro remedio.

Un criado. (*Entrando.*) La mesa está preparada.

Elena. Hasta mas ver, señor conde.

Hector. ¡Cómo! ¿me despide V...? Pero si me habia usted invitado...

Elena. A comer; pero ya ha pasado la hora, y solo se cena con el marido...

Hector. Pero, condesa, V. no puede comérsela sin mí.

Elena. ¿El qué?

Hector. ¡Mi perdiz!

Elena. ¿Qué perdiz?

Hector. La que acaba de hacer mi casamiento, pues ella me ha conducido aquí, condesa...

Elena. Vamos, una vez que V. paga su escote, no tengo mas remedio que darle de cenar. (*Toma el brazo de Hector y se dirigen al fondo. El baron ronca ruidosamente.*)

Hector. Ay, Dios mio! ¿qué vamos á hacer de esto, condesa?

Elena. Espere V. (*Escribe algunas líneas.*)

Hector. ¿Qué va V. á escribir?

Elena. Algunas palabritas de despedida... para ese caballero.

Hector. (*Leyendo.*) Corto, pero claro, y para que lo encuentre al despertarse.. (*Coloca el billete en la falda del baron.*) Aquí. (*Toma el brazo de la condesa, y se dirigen al foro.*) Buenas noches, baron.

Elena. Buenas noches, baron. (*Vanse.*)

Baron. (*Dormido.*) Yo os bendigo *in nomine patris...* (*Da un ronquido muy fuerte y se despierta sobresaltado.*) ¡Qué es esto! ¿en dónde estoy?... me han dejado solo... ¡solo! ¡qué calor!.. ¡qué frio!.. (*Reparando en el billete.*) ¿Qué es esto?.. (*Lee.*) ¡Buena la he hecho! No, señora condesa, V. será mia... aquí tengo una promesa formal... (*Registrándose los bolsillos.*) Ni en este, ni en el otro... ni en el de mas allá... ¡Ah! ¡bestia de mí! si lo he endosado á la órden del conde!.. ¡Voy volando!.. pero no; todo hombre honrado se debe á su firma.... ¡Paciencia! (*Se pone la levita.*) Alejémonos cuanto antes de estos sitios. (*Vase hácia el foro y vuelve.*)

Pero antes de abandonar
para siempre estos umbrales,
quiero su afecto probar;
¡ay! si le siento silbar...
¿quién dará alivio á mis males?



FIN.

Impr. de Narciso Ramirez